

Fernando Santiván y Samuel Beluzán

A propósito de una conferencia

DE DON ENRIQUE MOLINA, EN VALDIVIA

Invitado por el Círculo de Amigos de las Letras, de Valdivia, fué el señor Enrique Molina a dictar una conferencia en esa ciudad el 25 de abril último. El señor Molina se ocupó de asuntos relacionados con el progreso, el espíritu y la cultura.

Con este motivo, el conocido escritor y novelista señor Fernando Santiván, Presidente del Círculo invitante, publicó el 21 de abril en «El Correo de Valdivia» el siguiente hermoso artículo:

«DON ENRIQUE MOLINA»

«El 25 del presente vendrá a Valdivia don Enrique Molina Garmendia, Rector de la Universidad de Concepción. Lo invita la Sociedad Amigos del Arte, en la actualidad refundida con el Círculo de Amigos de las Letras. Don Enrique inaugurará un ciclo de conferencias que los Amigos del Arte se proponen ofrecer a la ciudad durante el año en curso, como una manifestación del espíritu optimista y realizador que se viene incubando, desde un tiempo a esta parte, en diversas actividades de la nunca bien ponderada capital de la provincia.

Es difícil explicar el regocijo íntimo que el anuncio de esta visita ha despertado entre nosotros. Es probable que no todos los valdivianos se den cuenta exacta de la importancia que significa tener oportunidad de hallarse en contacto personal con un hombre de la estatura espiritual de don Enrique Molina. Es que, al caminar por los faldeos de una montaña, es imposible apreciar su altura y grandeza. Cuando el tiempo y la distancia se interpongan entre los chilenos de mañana y don Enrique Molina, se comprenderá que tuvimos entre nosotros un hombre superior, no muy distante de la talla de un Sarmiento, de un Manuel de Salas, de un Andrés Bello, de un Valentín Letelier.

Los que tuvimos la suerte de pertenecer al crecido grupo de sus discípulos, sabemos bien que es un educador en el más alto significado de la palabra. Seguramente, si no hubiera seguido la áspera senda de la educación, habría sido un alto filósofo. Pero, ante su misión de forjador de almas, de las cuales está bien necesitada nuestra República, prefirió deponer sus naturales inclinaciones filosóficas para dedicar enteramente su tiempo a la enseñanza. E hizo bien. El Buen Sembrador tiró la semilla sobre zarzas y sobre terrenos agradecidos; pero su cosecha fué óptima, a pesar de todo. Don Enrique Molina siguió su ejemplo.

Con el nacimiento de este siglo, salió armado caballero don Enrique Molina de ese castillo de ensueños y realizaciones que constituyó el primer curso del Instituto Pedagógico de Chile. Un espíritu nuevo se enseñoreaba en la Educación con el aporte de sabios maestros como Poenich, Tafelmacher, Hansen y varios otros que vinieron de la vieja Europa a vivificar la enseñanza. Los jóvenes paladines salieron con ansias renovadoras, dispuestos a combatir la ignorancia, a campear por los fueros de la belleza y de la fe, a redimir esclavos del ambiente mediocre. Junto a don Enrique Molina estaban Alejandro Venegas, Julio Montebruno, Enrique Sepúlveda, Bórquez Solar, tantos otros, que en el curso de los años han contribuído a formar las nuevas

generaciones que hoy actúan en la formación de una de las nacionalidades más sólidas del continente sudamericano.

Cuando conocimos a don Enrique Molina en la vieja e historiada ciudad de Chillán, era ya el joven profesor, una de esas personalidades que imprimen huella en la juventud, y que pasan erguidas entre los mediocres despertando en ellos admiración no confesada y vago deseo de emular sus virtudes. Alto, esbelto, revestido de natural elegancia, se desprendía de su persona un halo espiritual de inefable supremacía. Entre los sencillos agricultores de rancio abolengo que componían parte de los habitantes de la ciudad, fué estimado y se le concedió un puesto de honor. Acontecimiento extraordinario, pues el orgullo de clan en aquellas agrupaciones enraizadas en la Santa Colonia, cerraba las puertas de hierro de sus caserones ante el forastero invasor, tanto más si le precedía un resplandor rojizo de libre pensamiento y un tinte misterioso de culturas prohibidas. Pero es que ya empezaba su alta misión un hombre que tenía conciencia de su dignidad profesional. El medio ambiente fué su primera conquista.

Su tarea ante el alumnado fué mucho más fácil. Sencillo, afable, humano, comenzó por ser joven entre las juventudes. Sus discípulos se iniciaron amándolo como a un hermano mayor y concluyeron por venerarlo como a ser escogido entre los grandes. La captación del espíritu de sus alumnos fué algo como el embrujamiento que ejerce La Serena, su ciudad natal, sobre el alma de los que la visitan. Armoniosa como una canción desgranada sobre olas marinas, fuerte como un tónico en que mezclan brisas salobres y ráfagas caldeadas por la pampa cercana. Claros campaneos de tradición y subyugantes imperativos de raza esforzada. Don Enrique Molina dejó en sus alumnos una impresión que sólo terminaría con la vida.

¿Filósofo? Sí, es filósofo, como es religioso todo aquel que se empeña en desentrañar el milagro del existir, y el arcano de lo que nace y de lo que muere. Don Enrique Molina buscó la

huella de eternidad en las páginas de todos los libros de los grandes pensadores. Su inquietud espiritual ha sido incansable. Desde el pensamiento griego hasta el de nuestros días, nada ha dejado sin escudriñar ávida y hondamente. Aristóteles y Platón, Diógenes y Epicuro, estoicos y cínicos, han sido sus compañeros durante largos años y juntos discurrieron por las plazas de Atenas con los ojos puestos en las estrellas.

Es que don Enrique debió nacer en la Grecia antigua por su amor a lo bello y a lo espiritual. La filosofía estoica encuentra acunamiento en su tradicional espíritu cristiano recibido con la sangre y bebido en el ambiente. Cuando a través de sus búsquedas filosóficas se encuentra con ese otro griego desorientado y anacrónico dentro del siglo XIX que se llamó Jean Marie Guyau, no pueden menos de darse un jubiloso abrazo fraternal. Puede seguir con mudo recogimiento admirativo los hondos caminos trazados por Kant en la selva infinita del pensamiento pero no encontrará nunca el deleite que le proporciona la grácil filosofía griega ni la obra angustiada y tremante de emoción del pensador francés.

No ha dejado de incursionar don Enrique Molina en el pensamiento del Gran Vecino del Norte. La Filosofía de Lester Ward y la de William James llegan a serie familiares, y no deja de completarlas en su interior para proyectarnos la verdad del espíritu norteamericano.

Pero este gran profesor de Historia y de Filosofía, este crítico agudo e incansable de los acontecimientos sociales de la humanidad, habría sido incompleto si no hubiera acometido su obra de realización educacional en la imponente Universidad de Concepción. En ella puso toda su energía de pionero norteamericano, su vigorosa contextura espiritual, como si una inconsciente ambición lo llevara, tal a la de los antiguos Faraones, a levantar el monumento que hubiera de guardar su memoria ante las generaciones del porvenir. Tanto como su veintena de obras de crítica filosófica y social, valen esos hermosos edificios que forman

la ciudad universitaria de la perla del Bío-Bío. Grecia tampoco está ausente de ella, y la juventud que allí se educa no olvidará,—y seguramente transmitirá su recuerdo agradecido a los descendientes,—la figura esbelta y erguida de este hombre que se pasea a la sombra del rumoroso Caracol dando a sus admiradores la impresión de árbol de perenne verdor.

Valdivia se apresta para recibirlo con el abrazo de sus ríos silenciosos, emocionado al sentir pisar estos lugares que recibirían en otro tiempo la marca inolvidable de un Cochrane o de un Pérez Rosales».

DISCURSO DEL SEÑOR SAMUEL BELUZÁN

En el acto mismo de la conferencia el señor Molina fué presentado por el señor Samuel Beluzán, distinguido miembro del foro valdiviano y director del Círculo de Amigos de las Letras, quien hizo la presentación por medio del siguiente bello discurso:

«Señor Rector de la Universidad de Concepción, señores miembros de la Sociedad Amigos del Arte y de las Letras, señoras, señores:

La Sociedad Amigos del Arte, Sección Letras, ha querido inaugurar sus actividades literarias, escuchando primeramente la palabra inspirada y culta del valor de más limpia ejecutoria intelectual de nuestro país, del Rector de la Universidad de Concepción, señor Enrique Molina Garmendia. Postergando a valores de auténtica jerarquía literaria ha echado sobre mis hombros la inmensa responsabilidad de presentar ante Uds. a tan genuino representante de la cultura americana, pero válgale a la Sociedad Amigos del Arte el propósito de hablar por intermedio del más humilde de los discípulos del querido maestro visitante.

Sin duda que en este caso la presentación es superflua. Nadie presenta al héroe que regresa triunfante de lejanos com-

bates, ni nadie lo hace con el mandatario que en horas de tribulación inflama a su pueblo de ardor patriótico. Así también el señor Molina está dispensado de este protocolo, pues viene victorioso a esta ciudad después de haber vencido en graves luchas a la ignorancia, a la rutina ambiente y es el presidente espiritual de varias generaciones de chilenos en cuyas almas él ha vaciado o derramado el tesoro precioso de su vida espiritual.

Don Enrique, mi querido maestro: el Círculo de los Amigos del Arte y de las Letras, que espera verse agrandado con vosotros me ha pedido que lo ponga a Ud. frente a este selecto grupo de valdivianos que ansían oír su palabra siempre tan elevada, tan cuajada de bellos pensamientos, tan repleta de nobles enseñanzas, sobre todo para la juventud estudiosa. Valdivia, que ya tiene potencial económico, desea su independencia espiritual. Sus habitantes más escogidos quieren escuchar a Ud., que es la autoridad espiritual de más categoría en Sud-América, a Ud., que tiene el rancio abolengo intelectual de un Rodó, de un Montalvo o de un Bello.

Valdivia despierta a la vida espiritual. En este instante estelar de su desarrollo necesita recibir el calor de un astro que ilumine y vivifique desde la elevada altura a que Ud. ha llegado por su vocación pedagógica, que lo impulsa desde joven a moldear caracteres que sepan superar al medio ambiente en la lidia diaria, preocupándose más de la personalidad que de la deglución del alimento libresco del educando; por su incurable tendencia al análisis y estudio de la fecunda obra de los clásicos, por sus alcances a la filosofía de Kant, Spinoza, Ward y James y por la maravillosa penetración en la obra de Bergson, Guyau y Hartmann.

Este pueblo que quiere Universidad, no podía dejar de escuchar al encendido apóstol y decidido ejecutor de ese monumento alzado al saber y que se denomina Universidad de Concepción; al que con la sola fuerza de su autoridad moral removiera la escoria que siglos de egoísmo deposita por doquiera para

ahogar el impulso generoso que nunca muere en el alma humana y que para fortuna de los pueblos suele encarnarse en hombres de la talla intelectual y moral de un Barros Arana, de un Valentín Letelier o de un Enrique Molina; al que pasará a la historia como autor de obras henchidas de humanismo y decantada erudición social, histórica, literaria y filosófica como son «La Herencia Moral de la Filosofía Griega» y «De lo espiritual en la vida humana»; al hombre que predica con el ejemplo, con su vida austera, exenta de todo propósito ajeno al de educar, siempre educar.

Señores, es insensato robaros el tiempo dilatando en exceso esta presentación de suyo innecesaria. Otros con más antecedentes que el que os habla deberán hacer la biografía y el análisis de la monumental obra literaria y filosófica del señor Molina, cuya estatua ya está tallada en el alma de cada uno de sus discípulos.

Don Claudio Rosales, profesor parco y severo, al recibir a don Enrique Molina como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, el 1.º de noviembre de 1941, dijo: «La figura del señor Molina emerge en cuanto pensador, y aunque no he tenido la oportunidad de experimentarlo, tengo la intuición de que cuando se miran nuestros valores espirituales desde el extranjero, presentan el aspecto de un pobre caserío en cuyo centro se yergue la maciza arquitectura de un templo con su campanario que orienta y que invita a la meditación. He aquí al nuevo miembro académico de nuestra Facultad, y acaso el único ingenio de contornos bien definidos que se divisa mirando más allá de las fronteras»

Por mi parte quiero recalcar que queda con vosotros el más fino y sutil forjador de almas, el mejor orientador de nuestra enseñanza, el escritor de estilo preciso y galano por excelencia y por fin el filósofo del amor, de la bondad y de la justicia».